

EL SUSURRO DE TARA

Daniel Martín Castellano



Edición en formato digital: octubre 2020

© de los textos, Daniel Martín Castellano

www.danielmartincastellano.com

© de esta edición, Bilenio Publicaciones

www.bilenio.com

ISBN: 978-84-122670-0-6

Ilustración de cubierta: Guillermo Saavedra

Diseño y conversión en formato digital: Bilenio Publicaciones.

Esta edición se distribuye gratuitamente pero sigue manteniendo los derechos de autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares.

El susrro de Tara

Daniel Martín Castellano



Índice

En la biblioteca, 4
En el patio de casa, 7
Tilo, 8
Huesos, 12
Regreso con los nuestros, 17
Tagoror, 21
La huída, 24
Juntos de nuevo, 28
Una lagartija, 32
Un nuevo hogar, 36
Mi gata Milki, 38

En la biblioteca

Esa biblioteca era diferente. Muchas tienen pasillos y huecos donde esconderte; recovecos y almacenes llenos de libros antiguos o enfermos; pasillos interminables que dan miedo. Esta no. Esta biblioteca era una gran sala cuadrada con las estanterías pegadas a la pared y todos los libros mirándote y diciendo «qué haces ahí parado: cógeme, cógeme, cógeme».

Yo estaba sentado, intentando averiguar a qué estantería debía dirigirme para buscar un libro sobre los primeros habitantes que llegaron a Fuerteventura y cómo arribaron a sus costas.

—En algún momento tuvieron que aparecer. Una isla está rodeada de agua por todos lados; así que, o llegaron o los trajeron —pensaba.

Una de las librerías estaba rotulada con un cartel en el que se leía «Canarias». Me levanté despacio, sin hacer ruido para no llamar la atención. Sinceramente, me daba algo de vergüenza no haber podido responder a la pregunta que me hizo mi alumna, interesada sobre la procedencia de los aborígenes isleños. Así que estaba dispuesto a rescatar toda la información posible sobre el tema.

Empecé a leer los títulos de los libros, a veces tenía que ponerme de puntillas, señalando con los dedos uno a uno. De pronto, hubo uno que me llamó la atención. Tenía el lomo gastado, con manchas marrones como si alguien hubiese derramado un café con leche encima del libro. Tanto en el lomo, como en la portada, se podía leer «Los Canarii».

Cuando lo abrí, la sorpresa fue mayúscula. Aquello no era un libro; era una especie de caja, un pequeño cofre

perfectamente decorado. No estaba vacía. Dentro había una figura de barro, con las manos y los pies redondeados. Tenía un cordón deshilachado. Me entraron dudas y palpitaba de manera acelerada. No sabía si dejarlo de nuevo en la estantería, si ponerme aquel colgante o, simplemente, acercarme al mostrador y retirarlo en préstamo, como su fuese un libro normal y corriente. Así lo hice.

La bibliotecaria me atendió con amabilidad, hizo el registro y yo me fui a mi casa preguntándome qué era lo que me llevaba y qué sentido tenía.

En el patio de casa

No dejé de pensar en lo que había encontrado en la biblioteca. Me tumbé en el patio de casa. Era una de esas noches en las que puedes leer con la tibia luz de la luna: las preferidas por brujas para sus aquelarres, hechizos y pócimas para amores imposibles. En vez de tomar sol, yo tomaba luna.

Recostado, buscando dibujos imposibles uniendo las puntas de las estrellas, comencé a jugar con el amuleto que tenía alrededor del cuello. Lo hacía saltar de un dedo a otro. Y en ese instante, cuando mi imaginación comenzó a cabalgar por senderos ocultos, lugares que jamás habían sido explorados y con gentes desconocidas para mí, me dormí y soñé...

Tilo

Su mano no dejaba de sudar. Tiraba de mí y no miraba atrás cuando entramos en la Hanada Tounassine. Teníamos que atravesarlo en menos de dos lunas. Para ese tiempo, estaría redonda y luminosa. Después nos esperaba el Pico de la Muda: mi abuelo allí, en la cima, haría las ofrendas, rezaría y danzaría en honor a Tara.

—Tienes que aprender lo que voy hacer —fue lo único que dijo ese día.

Lo llamaban Tilo, por su fuerza y manos rudas y velludas. El Tagoror lo nombró guía de la tribu. Escuchaba más que hablaba, aunque no tenía miedo a la palabra. Nunca le había oído gritar. Con un leve movimiento o con una mirada, era capaz de lanzar un ataque o pararlo.

De corazón sensible, nunca cazaba de más; acariciaba la tierra y besaba el aire. Su mujer fue fértil cuatro veces. Murió hace varias cosechas mientras recogía el trigo. Ella amamantó a mi madre. Decía que su sangre estaba dentro de mí y eso me asustaba. Cuando perdí a mis padres, en una reyerta con soldados romanos, Tilo me abrazó y desde entonces me hace sombra y yo duermo en ella.

Todavía la luna no se había marchado. Mi abuelo había dejado un gánigo debajo de unas hojas. Con el agua del rocío y un puñado de gofio, desayunamos. No esperó a que termináramos de comer y enseguida nos pusimos en marcha.

—Abuelo —me atreví a preguntarle—, ¿es importante lo que vamos a hacer?, ¿por qué tanto misterio?

Tilo se paró en seco, tragó el último puño de gofio y se giró. Se puso en cuclillas para estar a mi altura, me miró y me hizo el pelo hacia atrás. No dejó de acariciarme la cabeza mientras me decía...

—Ysaco, las milicias nos roban las cosechas, asesinan a nuestra gente, secuestran a las mujeres más jóvenes...

Se puso en pie y siguió hablando. Por su tono de voz, empecé a comprender lo importante que era todo lo que me estaba diciendo.

—Los Canarii no somos un pueblo guerrero y, aunque tenemos orgullo, no podemos luchar contra el Imperio Romano y las tribus aliadas. ¡Debemos irnos! Pero Ysaco, ¿adónde?

Me agarró de los hombros y me abrazó. Escuché su corazón que latía como el viento cuando lanza la arena contra la jaima.

—Por eso debemos atravesar Tounassine, subir a lo alto del Pico de la Muda y pedirle a Tara que nos guíe, que nos muestre el camino y una nueva tierra, unos nuevos barrancos, unas aguas nuevas, un nuevo cielo de techo... un nuevo lugar —respiró profundamente, agachó la cabeza y siguió diciendo—: Ysaco, tienes que aprender

lo que voy hacer porque guiarás a nuestro pueblo cuando seas tan alto como el trigo.

—Pero abuelo...

—Sí, lo sé —me interrumpió—, te da miedo...

Tilo se arrancó el amuleto de hueso de cabra tallado en honor a Tara que siempre llevaba alrededor de su cuello. Mientras me lo ataba me dijo:

—Ysaco, nosotros juramos por el hueso de nuestros antepasados. No pierdas este amuleto Ha pasado de los padres de mis abuelos hasta mí. Cuando llegaron a estas tierras ya juraban como lo harás tú algún día.

Nunca había oído hablar a Tilo tanto tiempo seguido. Durante el resto del día solo escuché el canto de los pájaros y el susurro del viento silbando entre las hojas de los árboles, que no paraban de hablarnos. Mi abuelo me había enseñado a escuchar el murmullo de los árboles del bosque.

Huesos

Caminamos todo el día. Los lagartos y las lisas se despertaban a nuestro paso y se escabullían entre la hierba y las hojas secas que cubrían el camino apresurándose a buscar nuevos escondrijos.

Al final de la tarde, cuando los grillos se animaban, El Pico de la Muda emergió delante de nosotros. No era una montaña alta pero sí de escarpadas pendientes. Cortaba el horizonte como cuando una bandada de gaviotas motea el cielo de golpe. Así, el perfil de La Muda marcaba el paisaje, dando la impresión de sostener parte del cielo.

—Creo que será mejor que descansemos aquí, Ysaco
—dijo mi abuelo.

Mientras yo buscaba algo de leña para encender el fuego, él volvía a amasar gofio. Después preparó tintes con algunas hierbas y orchilla; lo machacaba en un gánigo pequeño.

—Ysaco —me llamó Tilo—, la luna estará pronto y no podemos subir a la montaña como estamos. Tenemos que lavarnos bien con el agua de las hojas.

—¿Para qué abuelo?

—No podemos pedirle nada a Tara sin quitarnos el polvo del camino. Con el agua de la mañana, también limpiaremos nuestro espíritu.

Con algunas pintaderas, después de asearnos, nos marcamos el pecho y los brazos.

Comenzamos a subir cuando la luna apareció. Avanzábamos por el sendero que serpenteaba montaña arriba. De vez en cuando, y sin avisarme, mi abuelo canturreaba palabras que no lograba a entender. Llegamos a la cima

cuando el astro estaba en lo alto. Tilo empuñó su tabo-
na y grabó en la piedra sus pies y los míos mirando a la
aldea. Luego colocó en el suelo el gánigo de las pinturas
en el que había vertido un poco de leche de cabra, unos
cuernos y unos huesos de antepasados nuestros.

Yo le miraba y no me atrevía a preguntar para qué
hacía esto o lo otro.

Se volvió y me dijo:

—Hay que ser valiente, hijo. Dame la mano.

No sabía qué quería decir o qué significaba aquello,
pero le extendí el brazo. Él lo agarró por la muñeca y con
la tabona me hizo un corte en la palma de la mano. Al
principio no sentí nada, pero al poco tiempo me tembla-
ron las rodillas y quise dejarme caer al suelo. Me acordé
de lo que Tilo me había dicho, me mordí el labio. Ni lloré
ni me quejé.

Tilo metió mi mano ensangrentada en el gánigo, con la leche y el tinte. Escupió dentro. Me pidió que me sentara mirando la luna y que golpeará los cuernos.

—Ysaco, no dejes de tocar —me ordenó—, que no haya silencio. Hay que despertar a Tara —concluyó en voz baja.

Empecé a marcar el ritmo que había escuchado en las fiestas de la aldea. Tilo cogió el gánigo con mi sangre, la leche, el tinte y su saliva y lo derramó alrededor de nosotros, dibujando un círculo. Luego gritó con fuerza y con los brazos abiertos a la luna:

—Tara, que importa que traiga
si leche, si gofio, si pan.
Que importa si tú no nos
quieres mirar.
Que importa si la sangre
de nuestro futuro
y la voz de un viejo no tienen
nada que ofrecerte,
que importa si tú no nos

quieres mirar.
Que importa si no tenemos
lugar donde enterrar nuestros
cuerpos...

 Mi abuelo repitió el canto una y otra vez, implorando a Tara. Mientras lo hacía, no paraba de danzar al ritmo del hueco sonido de los cuernos. Comenzaba a amanecer. A Tilo casi no se le entendía y arrastraba cada vez más los pies. Cuando parecía que iba a desplomarse una ráfaga de viento empujó los huesos de nuestros antepasados hacia un lado del círculo, hacia el oeste. Se detuvieron todos juntos en el mismo lugar del borde.

 Dejé de tocar en ese momento. Tilo señaló al horizonte en la dirección en la que quedaron los huesos. Sonrió, miró al cielo, y cayó desfallecido al suelo.

Regreso con los nuestros

El sol nos había secado los labios. Bajamos de la montaña al final de la mañana, cuando todo parecía más claro. Recogimos lo que habíamos dejado y comenzamos el camino de regreso a la aldea. Durante todo el trayecto hablamos poco; yo me había acostumbrado al silencio con Tilo, pero tenía tantas preguntas, tenía tantas ganas de hablar que esta vez se me hizo insoportable. Fueron dos días duros en los que casi no dormimos.

—Pararemos aquí a descansar. Mañana ya estaremos en la aldea. Aún nos queda mucho por hacer: levantar las tiendas, reunir el ganado, preparar alimentos, llenar los zurrones de agua... no sabemos cuánto va a durar la marcha.

—Abuelo, Tara nos señaló el camino, pero no nos dice qué hay detrás del horizonte, ni de las montañas — dije desalentado.

—Algunas historias cuentan que hacia el oeste hay un desierto donde la muerte se confunde con la arena, pero después está el paraíso, un lugar con barrancos y agua suficiente, con valles y tierras para cultivar; dicen que es una tierra tan agradecida que no va a hacer falta trabajarla y playas donde los peces se acercan a la costa. Y además —sentenció Tilo—, Tara ha señalado en esa dirección, al oeste, y allí iremos; ha susurrado con el viento y no vamos a defraudarla ni dudar de sus palabras.

Llevábamos casi una semana fuera de la aldea y echaba de menos el calor de la hoguera. Cruzamos el Barranco del Infierno y al elevarnos al final del risco, vimos abajo, las tiendas del poblado que se juntaban cerca del Riachuelo del Cernícalo.

A esta hora del mediodía la aldea bullía por el ajetre: los fuegos de las comidas, algunas mujeres alrededor de las tierras, otros conduciendo el ganado a la gambue-

sa; los más chiquillos, jugueteaban con perros y cabritos, esperando con impaciencia la hora de empezar a comer.

Mi abuelo y yo sabíamos que hoy íbamos a enfrentar a nuestros vecinos y amigos a la terrible idea de tener que huir para salvar nuestra raza, sin poder garantizarles lo que nos encontraríamos detrás de las montañas y del desierto.

—Nunca me había parado a pensar lo bonito que es este lugar —le dije a mi abuelo—, creo que lo voy a echar de menos.

—El recuerdo y la memoria serán nuestros aliados. Algún día tú les contarás a tus nietos historias de estos lugares y cantarán juntos cómo atravesamos las montañas y el desierto, cómo Tara nos indicó el camino y grabarás en una montaña, que será sagrada, tus pies, en señal de respeto a Ella; llevarás conchas y frutos al pie de la montaña y festejarán cada nacimiento en nuestra aldea como un tributo a nuestra protectora. Ella nos hará un pueblo fértil.

Cuando nos vieron llegar, todos dejaron de hacer lo que les ocupaba en ese momento y se apiñaron alrededor de nosotros; unos preguntaban, otros danzaban y gritaban alborozados, otros nos ofrecían agua y comida y los más ancianos nos miraban pidiéndonos respuestas. Tilo, levantó las manos y dijo:

—Esta noche, cuando caiga todo el sol, nos reuniremos en el Tagoror. Luego se giró y me buscó con su mirada, —tú también irás.

A pesar del hambre no pude comer nada y busqué sombra para dormir.

Tagoror

Yo no sabía muy bien qué es lo que hacía en el Tagoror. Escuchaba con asombro y respeto las deliberaciones y las palabras de los ancianos. Las decisiones eran difíciles: recoger un poblado por completo, abandonar nuestras cosechas, dejar a los animales más viejos y enfermos...

Mi abuelo, con su entereza habitual, nos resumió todo lo que estábamos sufriendo con una sola palabra: opresión. Bencom, uno de los más ancianos del Tagoror, se levantó y mirándonos, como el mar mira a la playa antes de la pleamar, con dulzura y pena, dijo:

—No podemos irnos y abandonar. Algunos debemos quedarnos y ofrecer resistencia. Si no lo hacemos así, los soldados pasarán de largo y tarde o temprano nos

alcanzarían. Si no es en las montañas, será más tarde en el desierto. Yo me quedo. Mis huesos no responden como antes, solamente sería un estorbo para los demás.

Bencom estaba pidiendo voluntarios para un sacrificio. Unos se quedarían, lucharían y morirían para salvar al resto.

De pronto, comprendí qué hacía en el Tagoror. No recibí golpe ninguno, pero un fuerte dolor sacudió mi estómago a la vez que un río de aguas heladas corrieron por mis venas. Tilo no me miró. Esta vez no quiso encontrarse conmigo. Se levantó despacio y dijo:

—Amigo Bencom, todos los que estamos aquí hemos pensado en algún momento lo que acabas de decir. Tú has sido valiente exponiéndolo. Nadie quería ponerle voz al dolor y la tristeza.

Tilo se acercó a Bencom y le puso las manos en sus hombros.

—No podemos construir la esperanza si no allanamos el terreno, ni conseguiremos cultivar si no quemamos las hierbas. No podemos alimentarnos si no cazamos y muchas veces, tenemos que talar árboles para que nazcan otros con más fuerza. Nosotros somos el tronco viejo de nuestro pueblo. Ha llegado el tiempo de la tala. Ysaco subió conmigo a la montaña. Ysaco escuchó a Tara. Ysaco será el que guíe a nuestro pueblo hasta una tierra mejor, fértil y libre de invasores. Ysaco jurará por los huesos de nuestros antepasados y el espíritu de este Tagoror le dará la fuerza necesaria y la inteligencia oportuna.

Nadie dijo nada. Ni siquiera yo era consciente en ese momento de lo que estaba pasando. No hacía falta que Tilo me dijese nada: se separaría de mí y por eso me había arrastrado con él a la Montaña de la Muda. Tenía que aprender y él me enseñó a escuchar a los dioses.

La huída

Nadie miró hacia atrás. Nadie giró la cabeza. Nadie decía nada. Solo nos acompañaban los tambores y cantos de los que se quedaron atrás. Cuando los dejamos de oír, en lo alto de la colina, antes de empezar a descender por el barranco, nos detuvimos y nos volvimos para ver por última vez aquella hermana tierra. La que nos estaba siendo arrebatada por los intereses oscuros de expansión de un gobernante ambicioso que lo único que buscaba era enriquecerse a costa de los ganados y las tierras de los demás.

Bajamos toda la ladera y empezamos a descender el barranco, siguiendo el curso de un pequeño riachuelo. La marcha era lenta pero logramos mantener un mismo paso durante horas. Cuando encontramos un lugar que

nos pareció apropiado, paramos para descansar. Casi a media noche, nos reunimos alrededor del fuego para cantarle a Tara y pedirle que no abandonara a los que se quedaron atrás.

No se hablaba de muerte. Entre los Canarii la muerte significa el honor de haber servido a los tuyos durante un tiempo, porque la raza siempre vive. Cuando uno de los nuestros muere, pasa a formar parte de nuestra memoria. Por eso nunca fallecen del todo. Esa noche no dormí, pensando en Tilo, Bencom y los otros.

Por la mañana nos pusimos en marcha antes de que el sol apareciera del todo; estaba manchando el cielo de un rojo que, por momentos, se confundía con la tierra y el color de las montañas. Nos dirigíamos hacia el sur, por una zona conocida como Jbel Bani.

Acabó el riachuelo y la garganta del barranco se fue abriendo para dejar paso a unas inmensas llanuras que se perdían en el horizonte. Toda la caravana se detuvo. Me

sentí observado y todos esperaban que yo señalase alguna dirección. A mí me había nombrado el Tagoror como guía y por eso todos confiarían ciegamente en mi palabra que obedecerían sin discusión alguna.

Les podría llevar a una muerte segura. Pero lo realmente importante, casi rozando lo absurdo, era que el peso de la responsabilidad no suponía ningún lastre sobre mis espaldas. Me pesaba más el dolor y la tristeza. Sabíamos que no teníamos derecho ni oportunidad de dejarnos llevar por la desesperanza.

Cuando nos fuimos del poblado, dejamos también el miedo atrás. Me acordé de lo que viví con Tilo en la Montaña de la Muda y emprendimos la marcha hacia el oeste, adentrándonos cada vez más en el desierto, salpicado de vez en cuando por algunos oasis y por supuesto con algunas tribus nómadas, que aunque no eran hostiles, tampoco mostraban interés o afecto por nosotros.

Ese día fue agotador. Llegamos para pasar la noche a la región de Timimoun, donde grupos bereberes con-

vivían amistosamente. Con uno de ellos intercambiamos algunas canciones e historias.

Juntos de nuevo

Ya no podía más. Estaba rendido y casi llevaba noches sin dormir bien. Demasiadas cosas para un niño. Soñé con una playa de arenas blancas e interminables jables; soñé con un mar inmenso moteado por algunas islas inalcanzables; soñé con bosques de laureles y enormes helechos; soñé con barrancos profundos, con agua... Más que un sueño, era el susurro de Tara.

De repente me desperté. Tenía la sensación de haber dormido sólo unas pocas horas. Me despertaron los cánticos de las mujeres, los ladridos de los perros y los toques de tambores. Era como si allí se estuviera celebrando una gran fiesta. Cuando me incorporé, sentí ganas de brincar y gritar con el grupo. No podía creerlo: eran Tilo y Bencom. También estaba Tasacorte, Checheyda, Alcoran...

¡Todos! Corrí y me lancé a Tilo, fundiéndome con él, en un abrazo. Volví a descansar bajo su sombra.

Nos contaron que mezclaron el agua del pozo con leche de tabaiba y luego se escondieron. Cuando los soldados romanos llegaron cansados, bebieron agua para refrescarse y unos se quedaron dormidos y otros medio atolondrados. Ellos aprovecharon ese momento y huyeron de la aldea. Ahora sabíamos que no podíamos pararnos a descansar demasiado porque no debíamos correr el riesgo de que nos alcanzaran las tropas hostiles.

Íbamos a emprender la marcha. Todos miraron a Tilo para que indicara el camino. Pero él se giró y me buscó con su mirada. Todos le entendieron. Yo seguía siendo el guía. Así que levanté mi mano y señalé al oeste.

No me separé de mi abuelo en todo el día. Como siempre, habló poco; se le notaba cansado y había tenido miedo. Esa noche dormimos cerca de Iridiya.

B

Una lagartija

Al día siguiente, no nos detuvimos ni para comer. Todos sabíamos que el final estaba cerca, o por lo menos queríamos sentirlo: ya se había convertido en una necesidad. Al caer la tarde, después de remontar una colina, nos topamos con una inmensa playa. Caminamos hasta la orilla y nos tumbamos en la arena. Dejamos que el agua nos refrescara los pies. A pesar de todo estábamos atrapados. Delante, un mar desconocido; y detrás, una tierra de la que huíamos...

Levantamos nuevamente el campamento para prepararnos a pasar la noche, esta vez, con el desaliento y el cansancio en nuestros rostros. El murmullo continuo del mar me despertó pronto, antes de que amaneciera. Me senté de cara al mar en la arena húmeda. No sé que

esperaba encontrar en el horizonte; no había perdido la ilusión y sabía que Tara no nos abandonaría. Había que tomar una decisión.

No podíamos permanecer mucho más tiempo en la playa. Agarré el amuleto que Tilo me había regalado en la montaña, buscando una respuesta. Pensaba que tanto sacrificio tenía que valer para algo. Con todo, el sol empezó a asomarse y fijé la vista en algo que traía el mar. Una ola lo empujó a unos metros de mí. Era un tronco de árbol. Cuando me acerqué, observé cómo un pequeño lagarto saltaba hasta la arena y se escondía en ella.

—¡Eso es! ¡Tilo! ¡¡Tilo!! —grité.

Tilo se acercó despacio; todavía se estaba despertando...

—Sé que te puede parecer una locura...

Le conté lo del tronco del árbol y de su pequeño polizonte. Le dibujé en la arena unos troncos unidos

con sogas. Esas balsas podían llevarnos a algún lugar, al mismo de donde había venido la lagartija. No había otra posibilidad. Estábamos cansados y no podíamos permitirnos el huir constantemente. De algún modo teníamos que intentarlo.

Tilo reunió al Tagoror. Estaba excitado. Les repitió mi historia. Les contó como el mar nos empujaría a nuestro nuevo hogar. Todos se pusieron en marcha. Algunos volvimos a las colinas que habíamos dejado atrás para buscar troncos de árboles, otros organizaron a las familias e hicieron acopio de agua y comida; y un tercer grupo, trenzaban las lianas con las que juntar los troncos.

Ya el sol estaba descendiendo cuando el mar se recogía. Pensamos que ese sería el mejor momento y así lo hicimos. Una tras otra, las balsas se fueron adentrando en el mar, confiando en él. Yo sé que perdí de vista a los demás, pues no había luna. De vez en cuando escuchábamos algún toque de tambor. Tuvimos que amarrarnos a los troncos porque las olas, de vez en cuando, pasaban por encima de nuestras cabezas. Más de una vez pensé en

que volcaríamos: a veces la balsa giraba sobre sí misma. De repente, la velocidad aumentó y parecía que cortábamos el agua. Escuché un estruendo... Era el mar rompiendo. Eran las olas que rompían a algún lugar. Es lo último que recuerdo.

Un nuevo hogar

—Ysaco, Ysaco...

Sentí unas palmadas en la cara. Al principio no distinguía nada. Quise incorporarme, pero no pude. Sentí que estaba sobre la arena y oí a unos niños corriendo detrás de otros. Mi abuelo me ayudó a incorporarme.

Estábamos en una larga playa. Algunos deambulaban de un lado para otro. Yo me eché la mano al cuello para comprobar que seguía conservando mi colgante...

—¿El mar nos devolvió a la playa? —pregunté.

—No, Ysaco, hemos llegado. No estamos todos, pero nosotros hemos llegado. Algunos están más allá otros por aquí...

—¿Y los demás?

—No lo sé. Tal vez hayan llegado a otro lugar. Pero nosotros debemos de aprovechar esta oportunidad, ¿no?

Sé que mi abuelo tenía razón. Recogimos lo poco que nos quedaba. Nos juntamos todos y empezamos a caminar por aquella tierra desconocida con la esperanza metida en nuestros zurroneos y con el susurro de Tara entre el viento.

Mi gata Milki

Me despertó el maullido de mi gata Milki, que me recordaba con sus ronroneos que ambos teníamos que cenar. Apreté el amuleto en mi puño, abrazándolo, y lo guardé en mi bolsillo mientras pensaba que mañana la luna seguiría firme en su empeño de hacerme recordar mis sueños.

A la mañana siguiente, regresé a la biblioteca, y devolví el amuleto dentro del pequeño cofre en forma de libro.

Sabía que otro curioso como yo lo encontraría y, tal vez, decidiera ponérselo. Así, de esta manera, el sueño continuaría.

«El susurro de Tara»

Daniel Martín Castellano
www.danielmartincastellano.com
www.animalec.com

Más información en
www.bilenio.com

